



PRECIOS DE SUSCRIPCION: MADRID, UN REAL, 6 TR. PROVINCIAS, TRIMESTRE. Encomienda la suscripcion directamente. 2-4; por correspondencia, 3-2. ESTABLECIMIENTO, 3-2. INSTRUCCION, MORALIDAD, RECREO. OFICINAS DEL PERIODICO: Calle de J. principal, Madrid. Se suscribe en todas las librerias y en la Administracion. Se insertan anuncios y comunicacion.

NUESTROS GRABADOS.

LANJUNAIS EN LA TRIBUNA DE LA CONVENCION
(CUADRO DE CARLOS MULLER).

El cuadro de Carlos Muller expresa con una terrible verdad aquella triste jornada en que Lanjuinais manifestó tanta energia en frente de la seccion armada que se ensañaba del pueblo de París y de la mayoría de los convencionales que pretendían aniquilar bajo el peso de su vejez a la fracción girondina.

Volviendo coincidencia con las jornadas de 31 de Mayo al 2 de Junio de 1793; no lo es tanto el personaje principal del cuadro de Muller, y vamos a decir algunas palabras acerca de él.

Juan Dionisio, conde de Lanjuinais, nació en Rennes en 1735. Su padre era un abogado de nota y él a su hijo una esmerada educación. A los veinte y dos años, en 1775, Lanjuinais obtuvo por concurso una cátedra de derecho canónico en su ciudad natal, y escribió dos obras que no han sido publicadas acerca de las *Decretales* y de la legislación canónica vigente en Francia.

En 1785 fue elegido diputado del tercer Estado en los Estados generales. Ya se había dado a conocer como partidario de las reformas por algunos folletos políticos, mas sus opiniones avanzadas no pasaban del constitucionalismo a la inglesa, ideal que persiguió durante el curso de su vida.

— ¡Piedad! no obstante, adversario de la nobleza, a la que consideraba como un cuerpo parasitario, inútil y frecuentemente perjudicial.

En los Estados generales Lanjuinais tomó asiento entre los partidarios de las grandes reformas y de los principios que forman la base de las nuevas instituciones. Contribuyó con la diputación de Bretaña a la formación del Club breton, que se convirtió, andando el tiempo, en el Club de los jaboneros.

Lanjuinais era cristiano sincero, pero jansenista y partidario de las libertades galicanas. En una sesion pretendió demostrar que el diosno era de origen divino, y que, ya que no se conservaba, debía redimirse por lo menos. También se opuso a la desamortizacion de los bienes eclesiásticos.

El 10 de Junio de 1790 Lanjuinais habló para pedir la abolición de todos los títulos, y más adelante se declaró partidario de la admision de los negros a los derechos de ciudadanía.

Una reforma importante se debe a Lanjuinais: la que arrebató al clero y entregó a los municipios la redaccion y conservacion del registro civil.

En la Convencion se manifestó Lanjuinais muy marcado. Aprobó el proyecto de dar a la Asamblea una guardia compuesta de soldados procedentes de todos los departamentos, y la proposicion de Buzot destruyendo a la familia Lanjuinais. Lanjuinais defendió el decreto en virtud del cual se mandaba perseguir a los asesinos de Setim-

bce, combatió la instalacion de un tribunal revolucionario, atacó a la Commune de París y a la Montaña, y sostuvo grandes luchas contra Chabot, Drouot y Legendre.

En las jornadas del 31 de Mayo al 2 de Junio, cuando el pueblo enlovecido pedía la proscripcion de veintidós diputados girondinos, Lanjuinais desplegó la mayor energia manteniendose en la tribuna, y haciendo frente a todos sus enemigos a la vez. Legendre le amenazaba con arrojarle de la tribuna y Lanjuinais replicó:

— ¡Har decretar que soy un buen, y aplástame luego!

Es sabido que Legendre era carnicero. Detenido Legendre en su propia casa, pudo burlar la vigilancia de su guardia, y huyó a Rennes para volver a la Asamblea en 1795.

Allí continuó atacando con igual ardor a los jacobinos, y sin embargo, se opuso a que fueran llevados ante un consejo de guerra los ciudadanos Gojjon, Romme y otros, victimas como ellos del movimiento del 1.º de Pradial.

En el Consejo de los Ancianos permaneció Lanjuinais hasta 1797, y luego desempeñó una cátedra de legislación en Rennes. Opinando que la republica no debía emplear medios ilegales, desaprobó la revolucion del 12 de Fructidor.

Después del golpe de Estado de 18 de Brumario, fue elegido Lanjuinais miembro del Senado. Allí se opuso a las prescripciones decretadas con motivo de la conjuracion de la maquina infernal, votando primero contra el consulado vitalicio y después contra el imperio.

— Cuando Francia aceptó la tiranía de Bonaparte, Lanjuinais se condenó al silencio, formando una union de Grogins y de algunos otros aquella pequeña oposicion secreta y silenciosa que a pesar de su debilidad no dejaba de inquietar al despota. Lanjuinais recibió como senador el título de conde del Imperio.

En tiempo del Consulado Lanjuinais fué uno de

los fundadores de la Academia de legislación, y se ocupó en el estudio de las teogonias orientales, así como en estudios arqueológicos e históricos, siendo nombrado miembro del Instituto en 1803.

Lanjuinais murió en París en 1827, dejando muchas obras que fueron publicadas en 1833 por su hijo.

LA PIEDRA Y EL ESLABON.

Entre las muchas personas que hacen la oposicion al Gobierno contrariando sus deseos, se halla un amigo mio, tan sensible en materias de economia, que discutiendo lo que no se alianza a un ministro de Hacienda, se compró un eslabon y una piedra el primer día, que los fósforos encendieron a consecuencia del impulso de guerra. A este amigo encontré el otro día en el café y, como pretexto para sustentar conversacion, le ofrecí un cigarrillo estancado, que, aunque malo, no deja de ser sacrificio al regularlo en estos tiempos que corren; y como quiera que los dioses apretan los hocos para el humo y tufllo que hasta las nubes se atreve, juego que un cigarro que todo en humo se trunca, sea la mejor víctima propiciatoria, y así debe ser su efecto, pues mi amigo sucedió la ofrenda, y desvolviéndome ciento que uso, como es uso y costumbre entre divinidades, me reveló cosas tan extraordinarias y dignas de ser contadas, que no he podido resistir a la comunion de referirlas a ustedes. Deda, pues, que mi amigo ocupó el piñolo, y después de amasar su interior apalmeado y desdoblado las puntas, lo colocó en el borde de la mesa, y metiendo y sacando varias veces, una y otra mano, en los diversos bolsillos de su traje para explorar y escudriñar todos sus furos, topó con algo, cuyo hallazgo, que pintó la satisfacion en su semblante, resultó

ser, cuando desembarazado de entretelas apareció a la luz, un tabito porta-mecha del que quedaba una piedra de chispa y al que un eslabon estaba adherido.

En silencio preparó mi amigo sus trabajos, y terminado este manobra preliminar comenzó a accionar tanto y tan fuerte la piedra con el eslabon, que así se ablandara si fuese hierro, como siendo acero, no dió chispa. Mirábale yo entretanto con esas indicadas atencion que prestamos a los esfuerzos de un niño intentando colgar un sombrero en una percha alta. Y algo debió reboar en mi rostro de la soconeracion que por dentro me horriagueaba, cuando mi amigo, al levantar la cabeza para tomar aire, miróme fijamente, y encendiendose en gracia sus orzjas, apartó entranbas manos apoyandolas sobre la mesa, y con voz alterada por el apretamiento me dijo:

— ¡Creemas que es cosa fácil... encender una yesca!

— ¡Cierro que es vulgar la practica de encender con el eslabon; mas la mayoría de los que la ejercen sin quebrantamientos y por rutas las razones, intuyen que este experimento presupon, y aunque en ultimo resultado para la aplicacion se construyen y edifican las ciencias, no es a la ejecucion practica a lo que mayor mérito acríbimos, sino antes bien la consideramos como obra degradante y despreciable, que si a la resolucion casuística del problema del trabajo conduce, no dá, no puede dar la clave de nuestra accion sobre el mundo ni de nuestro imperio sobre la naturaleza.

— Quedese, pues, para el vulgo rutinario la habilidad de encender la yesca al primer golpe de eslabon, y merezca el aplauso de los que admiran a los bailarines y prestidigitadores, que yóbe otro referir de un celebrado matemático que se embrollaba en una sama, y guardando más alabanzas para las más altas empresas del pensamiento, al gusto y sentir de los doctos me atengo.

— ¿Pues qué? Acaso han pensado alguna vez los que por tener tal facilidad y prestesa para encender la mecha, más ocasiones de meditar han tenido, por fortuna han pensado, repito, qué causas y circunstancias producen el fenómeno que su volindad y esfuerzo provocan?

— Sin duda ignoran que el movimiento del eslabon, bruscanando y sacudiendo, engendra el calor que sirve para encender la mecha, y que, en realidad, el movimiento de su propio brazo, la contraccion de sus músculos, la riqueza de su sangre, los alimentos de su vida, y en ultimo término, el sol que el verano pasado maduro las espigas, es el que a la sazón enciende su cigarro.

— Si el eslabon en su rápido movimiento tropieza, en vez de pedernal, contra un pedazo de costra, este cuerpo blando, cediendo al choque y hundiéndose ante el empuje del eslabon, le dejara continuar su camino, a través de la blanda masa, con toda su primera energia, menos la que se emplea en separar el obstáculo hundiéndose.



Lanjuinais en la tribuna de la Convencion (Cuadro de Carlos Muller).

